

Arturo Troncoso

## Tamaño de Simón Bolívar

«Si la naturaleza se opone a nuestra independencia lucharemos contra ella y la venceremos».

**B**OLIVAR no fué el militar exacto que fué don José de San Martín. Exacto, es decir, propietario del conocimiento exclusivo, unilateral de la ciencia guerrera y ausente y lejano, nunca huésped del territorio distante de la sabiduría humana. En este aspecto San Martín representaba la provincia, Bolívar el país; el primero, solo hábil en una latitud, en una zona; el segundo, densamente interiorizado en la misma y ágil en el dominio de las categorías circundantes. San Martín era el especialista, Bolívar el hombre de cultura.

Bolívar fué, entonces, más completo e integral, más totalizador y amplio; ambidextro en la utilización de los elementos intelectuales y de dimensión más escabrosa y penetrante en la realidad americana, enterrando su uña rápida y experta en la entraña social. Estadista, pensador, político, fué también el militar. Per-

sonalidad proteica y máxima de la independencia de este triángulo irregular del mundo, Simón Bolívar.

Pero no es este un paralelo entre el Libertador y el general del sur de América.

La ambición es una expresión jerárquica; pero hay en ella dos jerarquías: la legítima, la bastarda. En algunos individuos ambas coexisten. No es el caso de Bolívar. Dos jerarquías. O dos direcciones. La que socialmente entraña valencia, contenido meritable, porque se desparrama en acción de proficuidad colectiva y la que es motivada sólo para satisfacer, narcisamente, la realidad interna del sujeto en detrimento, en general, de otros individuos. Es decir, existe la ambición útil, justificada por una urgente vivencia ambiental y la otra, encogida y mezquina para sólo alegrar la vida particular.

La ambición de Bolívar estructuraba su ejercicio definiéndose en la primera jerarquía. O dirección. Era la suya legítima, no máncer. Y supo darle estatura y limpieza. Vestida, la ocupaba la más sobria decencia. Desnuda, era la suya una ambición también grande, pulcramente bañada: la independencia política de América Hispana. «Para nosotros—manifestaba—la patria es América; nuestros enemigos, los españoles; nuestra enseña, la independencia; nuestra causa, la libertad».

Poseyó, además, Bolívar, la facultad difícil, el equilibrio escaso de controlar su ambición, eutrapelia extraña e infrecuente en un ser social, en un sujeto de volumen público. «Un soldado feliz—dijo—un solda-

do feliz no adquiere ningún derecho para mandar a su patria; no es el árbitro de las leyes y del gobierno; es el defensor de su libertad».

Extraordinariamente lucido, su mirada abarcó el panorama total de América indohispana, en su presente desgarrado y en su futuro lamentable. Quiso, hizo su independencia; pero también su unión que no obtuvo porque no actuó en «una sociedad más coherente». O sea, anheló su fuerza y su grandeza, su homogeneidad y no sus fragmentos, su cuerpo integral y no sus miembros dispersos y antinómicos. Su tamaño es aquí tal vez cuanto más se levanta, cuando mayor consistencia adquiere y cuando su fisonomía política deviene más sólida. «El sistema de gobierno más perfecto—decía—es aquel que produce mayor suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad social y mayor suma de estabilidad política». Porque fué el político, el verdadero político, el que prevé, el que comprende las necesidades futuras de una sociedad humana y proyecta y estudia sus métodos para su más cumplido desenvolvimiento y existencia, más allá de la familiar frontera, de la doméstica realidad de su país.

Extraordinariamente lúcido vió, pues, el problema político autóctono con extensión continental, con herencia y médula de porvenir, porque su mensaje unitario, tan viviente e imperioso, tan substancial y necesitado nutre hoy en día con su legumbre siempre apta, como siempre esperanzada, aunque bajo otras tácticas y contornos, dentro de un surco social distinto, a los «pion-

niers» políticos de Colonterra. Ellos prolongan y sostienen, ellos avivan y defienden su vigente sueño vital.

Fué también Bolívar un grande y estricto y fundamental improvisador. Rescató para esa palabra su sentido profundo y honorable. Improvisa el que ha observado las posibilidades más difíciles y contradictorias, el que presume e intuye las acechanzas, el asalto de lo inesperado que ya no es inesperado, porque en la geometría anticipada del análisis su curva ya había sido trazada; improvisa el que conoce la fuerza de sus recursos y el que la circunstancia, la anécdota, el hecho había examinado en toda sus direcciones y dimensiones; improvisa el que posee sabiduría de las realidades.

La primera y más destacada improvisación de Bolívar fué hacerse militar, guerrero. El ambiente anárquico y desesperado de su tiempo americano le imponía esta manera de acción externa. En estos años habría sido un eminente caudillo social, un luchador substantivo. Porque fué a la guerra no por el brillo sangrante de la guerra misma, sino porque ésta era el vehículo único, el instrumento inevitable para formalizar y pragmatizar su pensamiento de liberación, su ansiedad orgánica de clasificar el minuto histórico, dándole a América su autonomía política.

Porque no hay que olvidar que la juventud de Bolívar no conoció planteles educacionales militares ni se alimentó de la médula experimental de los combates. Si a los quince años era subteniente de milicias, lo fué más bien por familiares influencias. No estuvo dos

años. En este aspecto no recibió la más rudimentaria instrucción. Carecía, por lo tanto, de antecedentes técnicos, de «pédigrée» guerrero. Sin embargo como militar, como táctico, como general, fué tan apto y decisivo como los más hábiles de su época.

Es una medida más que agregar a su crecido tamaño.

Ardiente e impulsivo desde su adolescencia cuidada, mujerero y enamorado como los grandes varones, varias cabezas femeninas reposaron en su agitada memoria, varias amorosas mujeres ocuparon su sexo americano. Ardiente e impulsivo en sus arengas y en las batallas y en su vida total; imaginativo como todos los verdaderos creadores; pero de imaginación gimnástica, es decir, saludable; y romántico, romántico en el caos romántico de América; romántico interno y externo, por su vitalidad subjetiva y por su trabajada acción objetiva; por su concepto tan limpio e irreal de la libertad, estadio supremo del hombre; romántico y caballero, como José Miguel Carrera, la figura más transparente y lastimada de la Independencia de Chile.

Romántico y organizador. En los elevados temperamentos ambas trayectorias no se excluyen. Convergen. Estructuró una nación y organizó ejércitos. Las batallas eran estudiadas delicadamente. Su campaña del Perú asombra por la sabiduría previsoras, por el acabado método; por la audacia en su realización. En cuanto a su campaña del Norte, manifiesta Mancini que «desde el primer golpe de vista juzgó Bolívar y a

los actores del drama del cual él se instituye el protagonista. Nos indica por adelantado el esquema del programa que ejecutara en su totalidad».

Porque intelectualmente era un organizado, como guerrero tuvo que ser un organizador.

Desde que juró en el Monte Sacro, Bolívar el intuitivo, encerrar el reposo hasta no expulsar la dominación española, siempre en su espíritu permaneció la dimensión del optimismo. Pero es ésta una sucia palabra. Seguridad en su insobornable propósito, confianza consciente en su capacidad, conocimiento de su vigor y entereza, es más preciso. Exiló de su intimidad el desfallecimiento. Sus derrotas le inyectaban violenta energía, siendo la acumulación de ellas el trampolín para el triunfo definitivo. Eran derrotas estimulantes. La meta había que dominarla, la finalidad había que concluirla. El descenso era una traición, mientras la Independencia no madurara. Exiló el descenso.

Poderosamente energético, Simón Bolívar, hasta en los minutos enemigos. La fatiga era en él sólo una función de tránsito, una noción pasajera. Cuando la desesperanza y el desconsuelo y el desaliento lo cercaron con su triángulo amenazante, como un nudo corredizo, supo súbitamente escaparse de su asalto. ¿Recordáis?

Estaba en Pativilca. El Perú, en guerra civil y libertaria. Era difícil disciplinar tanta anarquía. Los españoles, aguerridos y fuertes como nunca, ganaban hombres, simpatía y terreno. La causa de la Independencia naufragaba. Sombrío, sosegado e intranquilo,

sus pasos tejían el suelo de Pativilca, bajo la mochila de tanta pesadumbre. Uno de sus generales, con la misma lámina de congoja hiriéndole la esperanza, se acerca y le pregunta:

—¿Qué hacer ahora, general?

Se iluminan los ojos de Bolívar. Madura una rotunda resolución. Toda su fuerza dormida, pero no extinguida florece con una seguridad fascinante. Y la respuesta, precisa y dura, como una convicción, vibra:

—¡Triunfar!